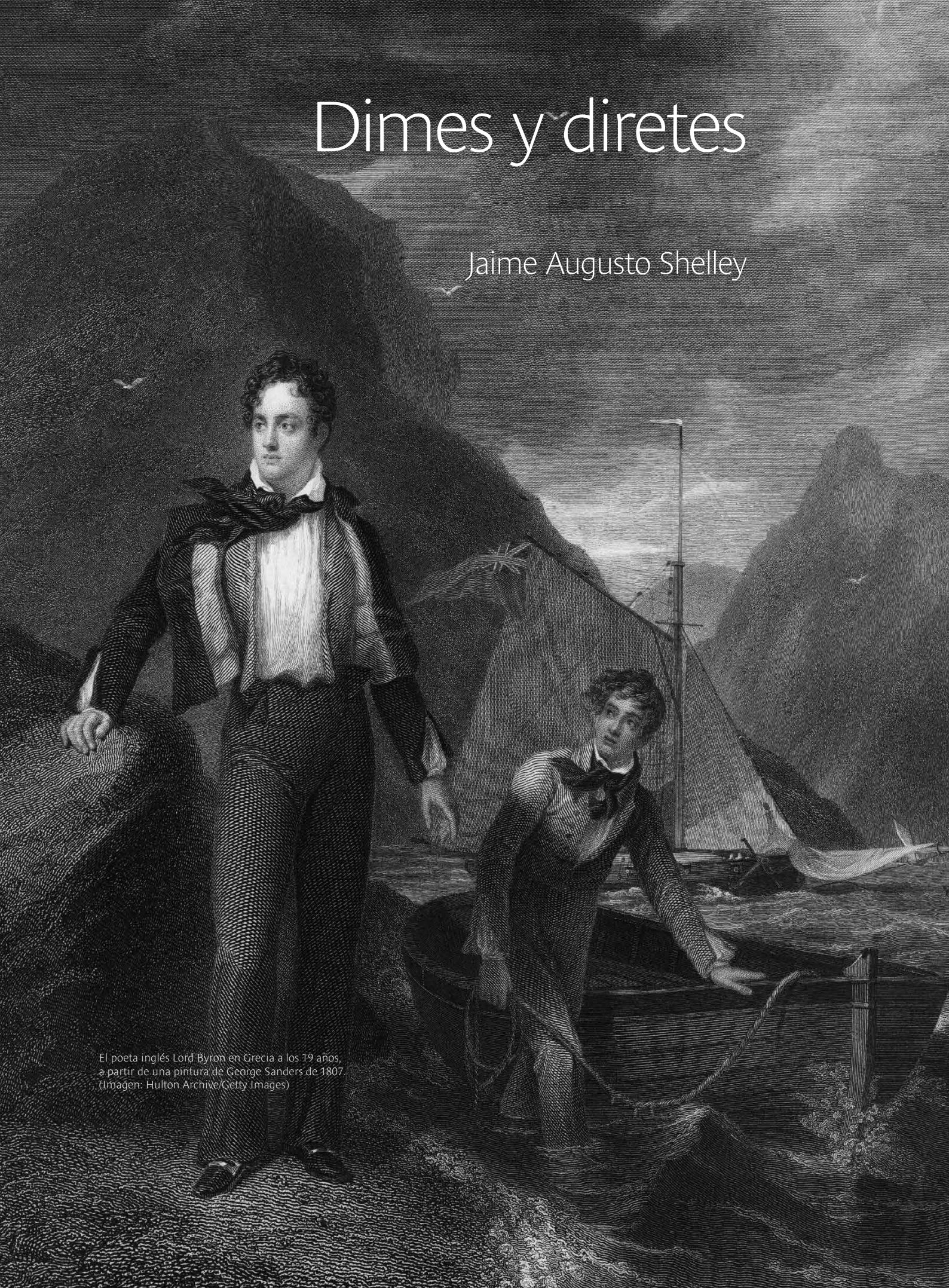


Dimes y diretes

Jaime Augusto Shelley



El poeta inglés Lord Byron en Grecia a los 19 años,
a partir de una pintura de George Sanders de 1807.
(Imagen: Hulton Archive/Getty Images)

Todo es aceptable y nadie es responsable
JOSEPH STIGLITZ

SIEMPRE ES BUENO, PARA COMPRENDER nuestra lastimosa condición humana presente, volver a lo más memorable de nuestro pasado (cada quién tendrá un clavo del cual aferrarse). Me inclino, en este caso, por Giuseppe Verdi en su ópera *Otelo*, cuando hace decir a Yago: “Dios es un ser perverso y me hizo a su imagen y semejanza”. Y que equivale a lo afirmado por el lingüista y crítico social norteamericano Noam Chomsky: “la democracia es incompatible con el capitalismo”.

El mundo de cabeza, los principios en que se ha sustentado toda la civilización occidental se han venido abajo y se vive sin rumbo y sin claridad, tanto los países en su conjunto como los individuos en su diario rumiar por los baches del mundo. La alegoría de los zombies tan de moda en el cine yanqui no es otra que la aceptación de un fin del mundo en el que algunos sobrevivientes, muy lejos ya de su condición humana gracias a su necesidad —animal— de mantenerse vivos, obran despiadadamente contra esos seres desprovistos de alma y venidos de algún designio infernal. Syriza —partido que gobierna hoy en Grecia— y su líder se ven rodeados de seres monstruosos que desean devorar al puñado de seres humanos que aspiran a seguir vivos a pesar de todas las ominosas amenazas de sus enemigos.

No nos es, a los mexicanos, herederos del FOBAPROA, extraña esta lucha. Hace ya más de tres decenios fuimos devorados por las bestias usureras y convertidos en seres sumisos e inanimados, cada vez más sometidos a políticas de explotación salvaje, sin levantar la cabeza. Hemos entregado todo y ahora, ya convertidos en harapientas sombras, vemos cómo se asesina, con la ley en la mano, a los pocos que se manifiestan débilmente por cerrar el puño y no soltar el pedazo de tortilla que aspiran a nombrar como suyo.

El pueblo griego ha sufrido mucho desde los tiempos de su declinación como centro del mundo. Llamado por un grupo (seguramente de codiciosos inversionistas) ingleses, Lord Byron, deseoso de congraciarse con la nobleza de su país que lo había desterrado por sus conductas “inmorales”, acepta participar en la reconquista de Grecia, que soportaba el dominio de los turcos. El poeta, megalómano, se manda hacer una armadura cubierta de oro y una espada —a la manera de los guerreros gloriosos de la *Ilíada*— y llega junto con los mercenarios contratados para la ocasión, a los que ahora se llama pomposamente “contratistas”, a las playas de Grecia. Establece su campamento y aguarda el fin de los preparativos para el combate. Es un momento glorioso para él. La prensa sajona exalta su figura y su futuro se antoja promisorio

y poblado de éxitos editoriales y de acrecentamiento de su leyenda como héroe romántico.

Para su mala fortuna, le sobreviene una infección intestinal, un bicho cualquiera, al sorber un poco de agua o al probar algún bocado nativo, y entre los peores retortijones, vómitos y diarrea, sin haber siquiera llegado a desenvainar la espada, muere. Los griegos, años después, ya libres de la opresión otomana, le erigen una estatua conmemorativa.

La diferencia, no siempre apreciada, entre acción y gesto que tanto insistía Jean Paul Sartre en señalar queda allí vivamente señalada. La celebración del referendo los días pasados en Grecia, en mucho se parece al noble gesto del vate posromántico inglés.

El movimiento Syriza, en coalición gubernamental con una serie de organizaciones de ideología dudosa o francamente nacionalsocialistas —que se aliaron para derrocar al partido en el poder y buscar sacar provecho de la coyuntura, por demás crítica, del caótico y corrupto sistema imperante por décadas y que había llevado al país a una situación de inevitable suspensión de pagos a los demandantes usureros de Alemania y otros (el FMI y demás) que propiciaron el desbarajuste financiero con sus maniobras turbias en complicidad con los funcionarios-socios de algún banco y llevando, por supuesto, sendas comisiones en cada operación (nada que nos extrañe a los mexicanos), ahora lleno de fervor patrio y exaltación de valores democráticos, con referencias a la historia de la Antigüedad y demás parafernalias acordes con el momento “histórico”— volverá a las mesas de negociación y acordará, con matices gramaticales, un nuevo “Acuerdo” que tendrá por fuerza que contener las mismas condiciones expresadas con un nuevo discurso, lleno de comprensión respecto al sufrimiento del pueblo.

Pero las exigencias del capital usurero no podrán ser distintas. Grecia tendrá que pagar, así se trate de

veinte o treinta años (los mexicanos seguimos pagando y asumiendo las demandas de control del gasto social y el deterioro abismal de nuestro salario que determinan los “organismos” internacionales).

A Syriza le vendrá bien, por un tiempo, el “triunfo de la democracia” en términos de gobernabilidad al interior del país; se cumple con una de las fórmulas esenciales de la política, el desgaste emocional de la población. Ya salieron a la calle, ya lanzaron vociferaciones y agotaron su exaltación y frustraciones a los cuatro vientos. Repetir ese gesto deja de ser dramático y suele tornarse tragicómico, grotesco, fútil.

En unas semanas más habrá de reunirse la Comisión Nacional de Salarios Mínimos (no estoy seguro de que así se llame, pero expresa su intención) compuesta por distinguidos miembros de la Iniciativa Privada (o para mayor claridad, la clase explotadora o empleados a su servicio), representantes de las centrales obreras (cooptadas, por supuesto, por el gobierno) y un oscuro pero muy bien remunerado aparato de administración para estudiar las condiciones que privan en términos económicos y sociales para la fijación de un salario suficiente, como la manda la Constitución, para que un trabajador pueda brindar a su familia la satisfacción de todas sus necesidades.

Se ha establecido, ya por muchos años, que los aumentos anuales sean de dos pesos y centavos, suma a la que llega de acuerdo con los índices de inflación previstos. Lo contrario, afirman, crearía espirales de aumento de costos y precios y resultaría dañino para el equilibrio económico de la nación.

No entra en esas consideraciones, se da por sentado, que más de la mitad de la población vive por debajo de los estándares mínimos. La razón es sencilla, esa gente no cuenta en sus sesudas deliberaciones. No son factores de comercialización, no existen. ■■■